



A1492 (A1493)

12/09/2002

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA INAUGURACIÓN DE UN FORO ORGANIZADO POR EL DIARIO *ABC*

Madrid, 12-09-2002

Señoras y señores,

Me alegra mucho estar hoy en este Foro que inaugura el diario "ABC". Le deseo mucho éxito al Foro y, con toda seguridad, este Foro será un punto de referencia muy importante de la exposición de ideas y de la realización de análisis y reflexiones en España. Creo que debemos los españoles y debe España dedicar más tiempo y más esfuerzo al análisis de fondo y profundo, no solamente de lo que ocurre en nuestro país, sino también de lo que ocurre en todo el mundo. Yo también tengo que decirles que tengo esas pretensiones para el futuro inmediato con la nueva Fundación que pondremos en marcha que, sin duda, espero y deseo que rinda buenos frutos también para nuestro país, muy consciente de que el día a día no siempre resulta el mejor aliado para ordenar con claridad nuestros objetivos, que son los objetivos que tiene que tener España a medio y a largo plazo.

Recuerdo muy bien que hace poco menos de un año tuve la oportunidad de participar en este Foro con otro nombre y ya entonces todos éramos perfectamente conscientes de que los atentados dirigidos contra Nueva York y Washington suponían la mayor sacudida que había recibido el mundo contemporáneo desde la caída del Muro de Berlín. Y también sabíamos que estábamos en la hora de proporcionar a un mundo estremecido por la inquietud aquello que más podía necesitar y que más podía beneficiarle, que es justamente confianza; confianza que nace de hacer frente a la realidad, aunque ésta siempre no nos guste.

Y hoy quiero hablarles precisamente de eso, de confianza, que no sé si coincide con los objetivos del "ABC"; pero yo quiero hablarles de confianza: confianza en la solidez de nuestras democracias y confianza en la capacidad de una sociedad libre para sobreponerse y para seguir creando prosperidad y bienestar.

Yo estoy convencido, además, de que la primera obligación de un Gobierno y la primera obligación de un dirigente político, en este caso si es Presidente del Gobierno, es dar confianza al país: confianza en sus instituciones políticas, confianza en sus mercados y confianza en sí mismo, confianza en nosotros mismos. Y también tengo la certeza de que no nos equivocamos cuando confiamos en la capacidad de los españoles

hace años, y tengo la certeza de que se equivoca el dirigente político que no tome nota de que el 11 de septiembre y a partir del 11 de septiembre han cambiado muchas cosas.

Pretender juzgar el mundo, actuar en el mundo, en la política del mundo, como si no hubiese ocurrido el 11 de septiembre o con los mismos parámetros o ideas de antes del 11 de septiembre es, en mi opinión, una profunda equivocación. Ha cambiado no sólo en las relaciones internacionales, sino también en las opiniones públicas de todos los países, también en la nuestra, que demanda más seguridad exterior y más seguridad interior.

Ha pasado un año desde el 11 de septiembre y podemos comprobar que hay motivos para la confianza. El mundo no está peor que al día siguiente del atentado contra las Torres Gemelas, como querían y pretendían los terroristas que ejecutaron esa acción, y España, en mi opinión, ha seguido avanzando, ha reforzado su democracia y ha mejorado su bienestar.

Soy muy consciente, perfectamente consciente, de que las incertidumbres no han desaparecido y también sé que existen preocupaciones ciudadanas que debemos atender; pero tengo la convicción de que España puede llegar mucho más allá aún en el conjunto de las sociedades avanzadas en el mundo y estamos absolutamente decididos en nuestra responsabilidad a impulsar a la sociedad española en ese objetivo.

No hay ninguna receta fácil; no hay tampoco, ni mucho menos, que dejarse tentar por la vacuidad de intenciones carentes de proyecto político. Creo que el camino es el mismo que ya les he mencionado: seguir dando confianza y, sobre todo, seguir dando motivos para que exista y nazca la confianza. Ello ahora nos exige trabajar en tres aspectos en los que me gustaría detenerme brevemente con ustedes esta tarde: en primer lugar, tenemos que seguir haciendo frente a una amenaza terrorista que, por desgracia, no ha cesado; en segundo lugar, debemos dar confianza a los ciudadanos frente a quienes ponen en riesgo la seguridad cotidiana y, en tercer lugar, tenemos que seguir impulsando la transformación de España, es decir, creando riqueza, creando empleo y bienestar.

España es una nación que conoce de cerca la peor amenaza de nuestro tiempo, que es el terrorismo, y sabemos muy bien lo que son capaces de hacer quienes se niegan a aceptar la existencia de un régimen de libertad, fundado en la voluntad popular expresada en las urnas, que es la base de la democracia; régimen en el que todos tienen derecho a expresar sus creencias, sus opiniones, sin miedo y sin verse agredido por ello.

Llevamos muchos años de democracia, todos nuestros años de democracia, haciendo frente al terror que unos pocos ejercen y la inmensa mayoría de nuestros conciudadanos se niega a plegarse a los proyectos totalitarios de una banda totalitaria. Los españoles tenemos confianza en la madurez de nuestra democracia y en nuestra legitimidad en la lucha frente al terrorismo. Cada vez es mayor la movilización social de repulsa, cada vez se desvanece con más rapidez la parálisis causada por el miedo y los complejos de la democracia frente al totalitarismo, afortunadamente, van desapareciendo.

Todo esto se ha reflejado recientemente en la aprobación por las Cortes Generales de una nueva Ley de Partidos Políticos, que defiende la democracia frente a quien quiere destruirla, y en el amplio consenso que existe en nuestra sociedad para aplicar esa Ley.

Vamos a evitar que ninguna organización terrorista tenga escudo, cobijo o portavoz en las instituciones democráticas. Negarse a que los terroristas y quienes les apoyan puedan sentirse impunes creo que es dar un paso firme, indispensable, imprescindible, en la dirección correcta, que es la derrota final del terrorismo.

Esta certeza, precisamente, y el mucho dolor que los terroristas han causado entre nosotros es lo que nos hizo vivir con especial cercanía e intensidad el 11 de septiembre. Hace un año lo que ocurrió, entre otras cosas, es que se quiso doblegar al mundo libre. El crimen se cometió en los Estados Unidos y produjo nada menos que tres mil víctimas en un instante; pero el objetivo de los terroristas éramos todos nosotros y cada acto terrorista deja muy claro que no es posible invocar ningún argumento racional para intentar justificar el terror. Nada justifica ni puede justificar el horror, el asesinato y ese dolor.

Por eso creo que se equivoca quien cómodamente se quiere poner a cubierto intentando comprender las motivaciones del terrorismo y buscando razones para llegar siempre a la misma conclusión, y es que la culpa es, más bien, de las víctimas que de los agresores.

Nosotros hoy, como hace un año, estamos convencidos, y hoy como hace un año estoy convencido, de la necesidad de defender valores básicos como la libertad, como la democracia, como los derechos de las personas, que fundamentan nuestra convivencia, y a los que no vamos y no voy a renunciar jamás. Pero sé muy bien que no hay terrorismo ni amenaza que nos pueda resultar ajena, y hoy tenemos que estar más decididos que nunca a prevenir el terror, porque los terroristas saben que la pasividad de sus víctimas es una de sus mejores armas y les llena de oportunidades. Por eso ahora no podemos quedar impasibles ante quienes tienen como principal propósito persistir como amenaza hasta el día que dejen de ser una amenaza y pasen a ser unos agresores.

El régimen de Sadam Husein es una tiranía que se escuda en su población, a la que mantiene en la miseria con el fin de desarrollar armas de destrucción masiva; armas que no ha dudado ya en utilizar contra sus vecinos e, incluso, contra su propio pueblo. Ese régimen ha incumplido más de dieciséis resoluciones de las Naciones Unidas y durante todos los últimos años no ha dado ninguna señal que pueda infundirnos tranquilidad sino, más bien, todo lo contrario.

Yo creo firmemente en la conveniencia de la persuasión por vías diplomáticas, creo en la conveniencia de que las Naciones Unidas aprueben una Resolución que exija a Irak la admisión inmediata de inspectores independientes con garantías suficientes para desarrollar su labor; inspectores que verifiquen que Sadam Husein ha cumplido con las obligaciones que tiene establecidas por las Naciones Unidas de destruir todas sus armas de destrucción masiva.

El Gobierno, nuestro Gobierno, está trabajando para lograr un amplio consenso internacional reflejado en las Naciones Unidas y creo que es posible lograrlo. Al mismo tiempo, pienso que los Gobiernos de los países libres tenemos que preguntarnos qué hacemos, qué podemos hacer, qué tenemos que hacer, si Irak se niega a ser una amenaza para todo el mundo.

Por supuesto, ya sé que es más cómodo no hacer nada; por supuesto, sé que también es más cómodo dejar que otros resuelvan las cosas y no asumir responsabilidades y, por

supuesto, sé que, si todo el mundo pénsase lo mismo, nunca se haría nada y todas las amenazas que existen seguirían perviviendo y amenazándonos cada vez más. Nadie desea un enfrentamiento, pero mucho menos deseamos dejar la iniciativa en manos de un régimen como el de Sadam Husein y, sinceramente, no creo que podamos quedarnos pasivamente sentados esperando el día en que decida utilizar armas de destrucción masiva. Ese día será tarde para cualquier lamentación o para cualquier queja. No habrá tiempo ni para lamentarlo.

Estamos hablando de armas de destrucción masiva, estamos hablando de terrorismo y nosotros sabemos muy bien aquí que mirar hacia otro lado solamente sirve para dar alas a los agresores, y también sabemos que debemos confiar en nuestra legitimidad, en la legitimidad de las democracias, no para agredir sino justamente para impedir las agresiones. Y esto es lo que tenemos entre manos y esto a lo que debemos responder.

Sé muy bien que es imposible, por supuesto, poner en parangón la amenaza terrorista con ninguna otra que afecte a la seguridad de nuestros ciudadanos; pero, si lo que buscamos es acrecentar el bienestar de nuestra sociedad, la confianza en nuestra sociedad, también es indudable que no debemos permanecer inactivos frente al fenómeno de la delincuencia. La seguridad ciudadana, aunque algunos la acaban de descubrir y otros todavía no la han descubierta, es inseparable del ejercicio de los derechos de los ciudadanos.

Una sociedad madura y responsable es aquella que defiende el derecho de la gente a andar por la calle sin temor. Sin ese derecho garantizado, no puede haber margen ni para la sociedad libre ni para la sociedad democrática; el derecho de todos y, especialmente, el derecho de los más débiles a convivir sin que nadie ponga en riesgo su integridad.

España, afortunadamente, sigue siendo uno de los países más seguros de Europa; pero soy muy consciente de que existe preocupación y de que existe también la certeza de que podemos mejorar la seguridad de nuestros ciudadanos en su vida cotidiana. Por eso, hoy mismo el Gobierno ha presentado un Plan de Lucha contra la Delincuencia, que es la iniciativa más amplia que se ha adoptado en nuestra reciente historia para garantizar la seguridad ciudadana. 20.000 policías y guardias civiles más; iniciativas para los sectores más amenazados, como ancianos o comerciantes; reformas del Código Penal y en otras leyes, son la demostración de que este Gobierno tiene un compromiso claro, y está dispuesto a ejercitarlo, con la seguridad ciudadana.

Mediante la Ley y mediante el Estado de Derecho, queremos y vamos a luchar mejor contra muchos pequeños delitos, que son los que más frecuentemente atacan a la convivencia. Vamos a luchar mejor contra la delincuencia organizada, también contra las mafias, también contra el tráfico de drogas. Y, desde luego, estamos decididos a cerrar cualquier resquicio legal que pueda haber a favor de la impunidad en nuestra legislación en España.

La tercera cuestión de la que yo les hablaba al comienzo es que debemos seguir avanzando en la transformación de nuestro país y, para seguir avanzando, necesitamos contar con bases muy sólidas. Nuestra economía, afortunadamente, ha demostrado en estos años capacidad para seguir creciendo y para seguir creando empleo, y creo que la confianza ha sido el mejor motor de nuestro progreso. Ahora la tarea es mantener ese

impulso y alcanzar los niveles de bienestar con los que queremos equipararnos y podemos lograrlos en esta década.

Cuando termine esta legislatura, que exactamente terminará cuando toca del año 2004, estaremos más cerca del 90 por 100 de la renta media de la Unión que del 80 por 100 o del 78 por 100 del que partimos; digo: estaremos mucho más cerca del 90 por 100 de la renta media que el 80 o del 78 por 100 del que partimos, ocho años después. Cuando termine esta década, si nos afanamos en cumplir nuestros deberes, habremos sobrepasado largamente el 90 por 100 de la renta media de la Unión y estaremos más cerca de la media que de ese 90 por 100. Lo que tenemos que decidir es si queremos seguir con este rumbo y con esta ambición o si queremos trastocarla.

Yo creo que desde 1996, pero más aún desde 2001, que es cuando la economía internacional empieza a tener severas dificultades, hemos podido comprobar la importancia de tener un proyecto, proyecto que ha tenido dos ejes fundamentales: uno, la estabilidad y, otro, las reformas; un proyecto que ha funcionado y que nos conduce a nuestros objetivos, como he dicho: el de la convergencia con Europa y el del pleno empleo.

Recientemente en Cerdeña yo les decía a compañeros Primeros Ministros europeos que el problema que tenía Europa en este momento, entre otros, no es un problema de estabilidad y que la peor noticia económica que pudiera tener Europa era poner en cuestión el Pacto de Estabilidad, que supondría poner en cuestión el euro, poner en cuestión la rapidez de la recuperación y la solidez de muchas economías. Europa no tiene un problema de estabilidad; Europa tiene un problema de flexibilidad, que es distinto. Lo que ocurre es que la flexibilidad exige tomar decisiones también.

El proyecto que hemos establecido aquí nos ha proporcionado seis años de crecimiento económico muy por encima de la media europea; como ahora, por ejemplo. Se ha hecho posible que haya tres millones y medio de nuevos ocupados, se ha hecho posible bajar los impuestos y se ha hecho posible equilibrar las cuentas del sector público. Es verdad que la desaceleración internacional de la economía nos ha hecho daño; pero no lo es menos que es la primera vez que, con una coyuntura mundial adversa, España no se ha visto abocada de manera irreversible a una crisis sino que, por el contrario, crecemos más que los países más desarrollados de Europa.

Seguimos, por lo tanto, con ese crecimiento; seguimos batiendo récords de personas ocupadas y de afiliados a la Seguridad Social; se han creado en España 185.000 nuevos empleos en el último trimestre. Por eso ahora, justamente en un contexto internacional incierto, difícil, duro, es el momento de seguir siendo coherentes y ser coherente significa, en mi opinión, mantener las políticas que han demostrado ser eficaces y significa, por supuesto, no renunciar a nuestros objetivos.

Dentro de muy pocos días el Gobierno va a aprobar remitir a las Cortes los Presupuestos Generales del Estado para el año 2003. Tienen unas líneas políticas muy claras: primera, son los primeros Presupuestos Generales del Estado que se hacen bajo el amparo de la Ley de Estabilidad Presupuestaria, lo cual establece una nueva disciplina para todas las Administraciones Públicas, que yo deseo duradera para España; segunda, son los Presupuestos Generales del Estado de la segunda reforma fiscal y de la segunda reducción de impuestos en España; tercera, establecen y siguen estableciendo un

esfuerzo muy importante de modernización de infraestructuras en nuestro país; cuarta, como se ha puesto hoy de manifiesto, plantean nuevas iniciativas y nuevas prioridades en la seguridad y en la Justicia; y, quinta y última, sin duda tienen el empleo como uno de sus objetivos fundamentales de nuestro bienestar y de nuestro crecimiento económico.

Me gustaría pensar que tuviésemos en esta ocasión la oportunidad de conocer una alternativa presupuestaria, de conocer si existe y, si existe, de conocer sus términos. Creo que lo más probable es que no conozcamos los términos y, además, probablemente no existan. Hasta ahora lo único que conozco son propuestas que supondrían elevar el gasto en España entre 12.000 y 16.000 millones de euros, es decir, de dos a tres billones de pesetas, incluidas las propuestas en relación con el mercado de trabajo, que supondrían incrementos mínimos de más de 3.000 millones de euros, es decir, más de 500.000 millones de pesetas, sin, por supuesto, hacer ninguna de las reformas que permiten que el mercado laboral español funcione y que España, a pesar de la situación de crisis internacional, siga creando empleo.

Yo creo que una cosa es poder trabajar en alternativas y otra cosa distinta es volver al pasado o presentar ruinas. Yo, desde luego, sinceramente, no aconsejo volver a caminos que ya han demostrado su fracaso.

Vamos a seguir presentando nuestras iniciativas, vamos a seguir presentando nuestras reformas. Y sabemos también muy bien, especialmente ahora que hay sacudidas empresariales importantes, que es muy necesario apostar por la transparencia y que, sin duda, la gestión, el respeto a las reglas del juego y la transparencia son absolutamente básicos.

También en nuestro país, que ha tenido unos comportamientos muy razonables comparativamente con otros, es conveniente reforzar prácticas empresariales de buen gobierno. He hablado de confianza, y he dicho que esa palabra era una palabra clave; pero los mercados funcionan cuando hay confianza y la confianza en la economía de mercado sólo puede echar raíces cuando hay transparencia, y ése es el elemento básico.

Estamos ultimando y tenemos prácticamente ultimados un conjunto de medidas para asegurar la tranquilidad de los inversores con el objetivo de mercados más eficientes, más transparentes y que puedan desarrollarse más eficazmente y con más solidez.

Pues bien, señoras y señores, yo creo que la España de 2002 no es la España de 1995 y más bien, por suerte o por trabajo de todos, la diferencia no estriba precisamente en el transcurrir de los años, aunque también eso se nos note. Creo que es un cambio trascendente el que ha pasado estos años en España; creo que vivimos en una sociedad más segura de sus propias capacidades, con más confianza en sí misma, más resuelta a preservar sus valores y sus objetivos de prosperidad; creo que vivimos en un país que ha superado sus complejos históricos, afortunadamente.

En el contexto del mundo de hoy, donde los riesgos y las oportunidades se proyectan a escala planetaria, España ha asumido plenamente que, ni podemos cerrar los ojos ante las amenazas, ni estamos dispuestos a desaprovechar las ventajas de esas nuevas realidades. Lo bueno es que creo que tenemos un país preparado como nunca para hacerlo y la decisión la tenemos nosotros. Desde luego, la mía ya está tomada.

Muchas gracias a todos, señoras y señores.